



Jay, Martin

La explicación histórica : reflexiones sobre los límites de la contextualización.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Martin, J. (2012). *La explicación histórica: reflexiones sobre los límites de la contextualización*. *Prismas*, 16(16), 145-157. Bernal, Argentina : Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2077>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

*La explicación histórica: reflexiones sobre los límites de la contextualización**

Martin Jay

University of California at Berkeley

Los intelectuales son personas que producen ideas descontextualizadas
Randall Collins¹

Para los historiadores intelectuales no ha habido defensa más potente de la explicación contextual que la elaborada una generación atrás por Quentin Skinner, J. G. A. Pocock y sus colegas en la denominada Escuela de Cambridge de historia intelectual.² Apuntando al presentismo anacrónico que alentó a los historiadores a designar a pensadores del pasado como precursores de movimientos posteriores que aún no tenían existencia autoconsciente, Skinner los urgó a situar a intelectuales y textos en sus contextos inmediatos de generación y recepción. Refutando la falacia de atribuir una esencia atemporal a conceptos o ideas que emergieron en circunstancias históricas particulares, alertó contra la tendencia a aislar palabras clave –incluso las más perennes, como las rastreadas por Raymond Williams– de las cambiantes constelaciones discursivas en las que estaban situadas.³ Abominando de la búsqueda de un pasado utilizable que

* Traducción de Lila Mosconi.

¹ Randall Collins, *The Sociology of Philosophies: A Global History of Intellectual Change*, Cambridge, MA., Harvard University Press, 1998, p. 19 [trad. esp.: *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual*, traducción de Joan Quesada, Barcelona, Hacer, 2005].

² Si se desea consultar un compendio de los principales argumentos de Skinner y su escuela, véanse los ensayos compilados en James Tully (ed.), *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*, Cambridge, Polity Press, 1988. Otra exposición crítica, en la que se distingue entre el énfasis de Skinner en la intencionalidad expresada mediante convenciones prevalecientes y el de Pocock en los paradigmas lingüísticos sin intención autoral, se halla en Mark Bevir, “The Role of Contexts in Understanding and Explanation”, en Hans Erich Bödecker (ed.), *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Gotinga, Wallstein-Verlag, 2002. Entre otros distinguidos historiadores y teóricos de la ciencia política que suelen incluirse en la Escuela se cuentan John Dunn, Richard Tuck, Anthony Pagden, Stefan Collini y David Armitage.

De más está decir que ha habido otros estudiosos prominentes de la contextualización en la historia intelectual; por ejemplo, Fritz Ringer, que se inspira en la obra de Pierre Bourdieu. Sobre esta posición, véanse Fritz K. Ringer, “The Intellectual Field, Intellectual History and the Sociology of Knowledge”; Charles Lemert, “The Habits of Intellectuals” y Martin Jay, “Fieldwork and Theorizing in Intellectual History”, *Theory and Society*, vol. 14, N° 3, junio de 1990; y Fritz K. Ringer, “Rejoinder to Charles Lemert and Martin Jay”, en *Theory and Society*, vol. 19, junio de 1990.

³ Raymond Williams, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1976 [trad. esp.: *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003]. En 1983

podiera ser relevante para los asuntos del presente, exhortó a los historiadores a honrar la radical otredad del pasado.

Según Skinner, era crucial recuperar la matriz original de las convenciones y los supuestos de los que había emergido y en los que se insertaba un texto. La intención del autor no podía entenderse sólo a partir de las palabras incluidas en el texto –lo que los teóricos del acto de habla llamaron su *significado locucionario*–, sino que sólo era recuperable si también se captaba su fuerza performativa. Es decir que, según esta perspectiva, los textos *hacían* algo: no se limitaban a describir el mundo ni a expresar las ideas de sus autores, sino que tenían un efecto en el mundo. Los textos eran *actos* comunicativos que dependían de las convenciones y los usos de su época para ser eficaces. Contenían argumentos con la intención de persuadir, y no sólo proposiciones sobre el mundo o expresiones de los estados anímicos interiores. Si lograban o no su cometido –su efecto perlocucionario– era otra cuestión. Así, a menos que apreciáramos lo que un autor como Hobbes o Locke, por ejemplo, había intentado lograr con su intervención en el discurso de su época, estaríamos en peligro de perder el verdadero contenido histórico de sus esfuerzos. En otras palabras, todo texto debía ser comprendido de manera finita, aunque holística, como respuesta a preguntas que en su tiempo no habían recibido respuesta o cuya respuesta había sido insatisfactoria, y no como contribución a una conversación eterna por fuera de todo contexto histórico.

Aunque un texto podía contener un excedente de significado que trascendiera la intención del autor –algo que Skinner estaba dispuesto a conceder–,⁴ el punto de partida históricamente productivo debía ser la intencionalidad autoral entendida como inserta en un particular campo de fuerzas de relaciones discursivas. El contextualismo radical, tan terrible cuco para los filósofos empeñados en evitar el relativismo y defender verdades trascendentales, no era entonces un problema para los historiadores dedicados a relatar historias particulares y contingentes del pasado.⁵ Siguiendo el ejemplo de antropólogos como Clifford Geertz, con su célebre exhortación a interpretar las densas redes del significado relativamente coherente que llamamos *cultura*, los historiadores debían abocarse a encontrar el sentido de los hechos, acciones, ideas y acontecimientos que en primera instancia parecían aislados en el horizonte de relaciones donde se situaron. Cuanto más saturado el contexto –cuanto más densa la descripción, en la frase de Gilbert Ryle que Geertz hizo célebre–, más rica la retribución explicativa e interpretativa.⁶

Aunque no le faltaron críticos –y pronto repasaremos algunas de sus objeciones–, las instrucciones generales de Skinner en aras de la contextualización como principal *modus operandi* del historiador han sido muy influyentes, y no sólo entre los historiadores de las ideas. Así, para tomar un ejemplo, el historiador social William Sewall (h), en su reciente *Logics of*

apareció una edición posterior, donde se reexaminan tácitamente algunos de los supuestos criticados por Skinner en “Language and Social Change”, en James Tully (ed.), *Meaning and Context: Quentin Skinner and his critics*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

⁴ *Ibid.*, p. 76.

⁵ Quizás el único lugar en el que las implicaciones relativistas del contextualismo radical han contrariado a los historiadores es la historia de la ciencia. En particular, la obra que elaboró Thomas Kuhn sobre las revoluciones científicas hace ya una generación menoscabó la noción de progreso científico temporal hacia una aproximación cada vez más precisa a la verdad sobre el mundo natural.

⁶ Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973 [trad. esp.: *La interpretación de las culturas*, 12ª ed., Barcelona, Gedisa, 2003].

History, afirma que los historiadores deben tomar en serio la heterogeneidad del tiempo, respetando las diferencias que separan los períodos, y agrega:

la heterogeneidad temporal también implica que comprender o explicar las prácticas sociales requiere *contextualización histórica*. No podemos saber qué significa un acto o una declaración, y cuáles podrían ser sus consecuencias, si no conocemos la semántica, las tecnologías, las convenciones –en resumen, la lógica– que caracterizan al mundo en el que tiene lugar la acción. Los historiadores no suelen subsumir las cosas a una ley general o “abarcadora”, sino que las explican relacionándolas con su contexto.⁷

O bien, para tomar otro ejemplo típico, John Lewis Gaddis escribe en *El paisaje de la historia* que

las causas siempre tienen contextos, y para entender las primeras debemos entender los segundos. En efecto, me atrevería a definir la palabra “contexto” como la relación de dependencia entre las causas suficientes y las causas necesarias; o bien, en palabras de Bloch, de lo excepcional con respecto a lo general. Puesto que si bien el contexto no *causa* directamente lo que ocurre, no cabe duda de que puede determinar las consecuencias.⁸

Ahora bien, el significado de “relacionar” una idea, una práctica o un acontecimiento con su contexto de ningún modo es evidente por sí mismo, y tampoco lo es la afirmación de que las excepciones “dependen” de condiciones generales. De ahí que haya surgido una serie de objeciones a la excesiva confianza en la contextualización como método privilegiado de la indagación histórica, entendida como algo que trasciende la esfera de la historia intelectual en sentido estricto. En primer lugar, quienes aducen que los supuestos contextos sólo pueden recuperarse mediante los residuos textuales del pasado dudan de que los historiadores estén en condiciones de reconstruir de manera confiable el contexto pasado que servirá de fundamento explicativo para sus narrativas.⁹ El intento, señalan, resulta en una inevitable circularidad entre textos y contextos que impide a los segundos pasar a ser el factor determinante previo. En otras palabras, quizá no seamos capaces de entender un texto o documento sin contextualizarlo, pero los propios contextos sólo se preservan en residuos textuales o documentales, aun cuando incluyamos entre estos últimos los vestigios del pasado que no son lingüísticos. Y es preciso interpretar esos textos en el presente para establecer el supuesto contexto pasado que luego estará disponible para explicar otros textos.

En una segunda objeción se dice que, puesto que la interpretación de esos textos y documentos tiene que realizarse en el presente, será necesario emplear herramientas teóricas –o siquiera percepciones hermenéuticas– aportadas por el historiador contemporáneo. Los documentos que revelan contextos nunca hablan por sí mismos sin al menos sufrir cuestionamientos

⁷ William H. Sewell Jr., *The Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005, p. 10.

⁸ John Lewis Gaddis, *The Landscape of History: How Historians Map the Past*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, p. 97 [trad. esp.: *El paisaje de la historia: cómo los historiadores representan el pasado*, traducido por Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Anagrama, 2004].

⁹ Véase, por ejemplo, Dominick LaCapra, “Rethinking Intellectual History and Reading Texts”, en Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

de los lectores actuales. La tan mentada sentencia de Benedetto Croce según la cual “toda historia es historia contemporánea” implica que ningún contexto pasado se hace manifiesto sin su reconstrucción presente, proceso que no es pasivo sino eminentemente activo. Hayden White ha señalado que

para estar en condiciones de funcionar como estrategia explicativa o representativa, toda contextualización requiere un componente formalista, es decir, un modelo teórico sobre la base del cual, en primer lugar, se distinguen contextos en el marco de las entidades que los habitan; en segundo lugar, se generen hipótesis sobre la naturaleza de las relaciones entre las entidades y los contextos así distinguidos y, en tercer lugar, se discrimine entre las transformaciones radicales, primarias y determinantes de esas relaciones y los cambios aislados, secundarios y superficiales que tuvieron lugar en ellas.¹⁰

La teoría de los actos de habla que aplica Skinner –de J. L. Austin y John Searle– sería un ejemplo del formalismo tácito al que se refiere White: ciertamente no estaba en el vocabulario de los personajes de la modernidad temprana cuyas intenciones ilocucionarias él se propone recuperar.

Más aun, a pesar de la exhortación a honrar la singularidad histórica del período que estudiamos –que, como hemos visto, instó a Skinner a denunciar tan persuasivamente la “precursoritis”–, la suposición de que estamos en condiciones de localizar el contexto explicativo adecuado después del hecho también puede tácitamente estar reñida con la comprensión que los participantes tenían de sí mismos en la época, que por definición carece de la perspectiva del historiador posterior. Como ha señalado el antropólogo Vincent Crapanzano, “cualesquiera sean sus reivindicaciones de objetividad, las contextualizaciones nunca son neutrales. Siempre tienen una función imperativa: nos dicen cómo ha de ser leído el intercambio que ‘encierran’. Así confirman el apuntalamiento teórico de esas instrucciones, es decir, las racionalizaciones que las inspiraron”.¹¹ Es cierto que Skinner ha concedido de buena gana a sus críticos que “inevitablemente abordamos el pasado a la luz de paradigmas y presuposiciones contemporáneas, cuya influencia puede servir para despistarnos a cada paso”.¹² Sin embargo, tal como lo sugiere la palabra “despistar”, Skinner da por sentado que hay maneras de evitar que esos paradigmas y presuposiciones se inmiscuyan en la intención original de los autores que estudia: “tal escepticismo me parece inútilmente hiperbólico, en especial si pensamos que hasta los animales son capaces de recuperar la intension* con que actúan los seres humanos”.¹³

Una crítica aun más convincente concierne a la cuestión de cómo se ha de establecer cuál será el contexto relevante, si reconocemos la imposibilidad de postular un todo discursivo singular y homogéneo en el que situar los textos. Como ha advertido Dominick LaCapra, “la contextualización excesiva a menudo ocluye el problema de determinar las bases sobre las cuales se realizará una selección de contextos pertinentes [...] cuanto más retrocedemos en el

¹⁰ Hayden White, “Formalist and Contextualist Strategies in Historical Explanation”, en *Figural Realism: Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999, p. 51.

¹¹ Vincent Crapanzano, “On Dialogue”, en Tullio Maranhão (ed.), *The Interpretation of Dialogue*, Chicago, The University of Chicago Press, 1990, p. 286.

¹² Quentin Skinner, “A Reply to my Critics”, en J. Tully (ed.), *Meaning and Context*, p. 281.

* *Intension* en el original inglés. [N. de la T.]

¹³ Quentin Skinner, “A Reply to my Critics”, *op. cit.*, p. 281.

tiempo, menos obvios suelen ser los contextos que informan el discurso y más difícil se vuelve reconstruirlos, al menos en el sentido técnico o filológico”.¹⁴ En otras palabras, no hay razón para suponer que el mapa de contextos relevantes se verá como una matrioska rusa en la cual uno se sitúa cómodamente en el interior del otro. Pasar del contexto micro al macro casi nunca es un movimiento exento de rispideces. Por el contrario, es más plausible que se reconozcan contextos antagónicos, desjerarquizados, de tamaños variados y diversas fuerzas gravitatorias, que hayan producido un efecto sobredeterminado, irreductible a una influencia contextual predominante.¹⁵ Las cuestiones de escala también son difíciles de pasar por alto. En otras palabras, ¿el contexto más potente es algo tan global como una época histórica o cronotopo? ¿O el nivel adecuado es el de una lengua, una religión, una clase social o un Estado nacional? ¿O tenemos que mirar contextos más inmediatos, como las instituciones sociales, políticas o educativas precisas en las que se insertaba el autor o la autora, su generación o la familia de donde emergió? ¿Podemos entender, por ejemplo, la invención freudiana del psicoanálisis con referencia a la formación de Freud en medicina y en biología darwiniana, a sus antecedentes de judío asimilado, al enojo con su poco heroico padre, a su familiaridad con las tradiciones literarias del inconsciente, a su desilusión con la política liberal y con la imagen del hombre racional en la que ésta se basaba, a su extraña amistad con Wilhelm Fliess o a la crisis de la familia nuclear burguesa? Todos estos factores, y muchos más, se adujeron una u otra vez para desentrañar el misterio de su creatividad. ¿Hay manera de asignar un peso relativo a cada uno o simplemente debemos aceptar la noción de sobredeterminación elaborada por el propio Freud y decir que todos ellos estuvieron en juego de una u otra forma?

Quizá Skinner haya dado un cierre prematuro a la cuestión al aducir que, por muy compleja que sea la noción de contexto, “podemos distinguir fácilmente el elemento más crucial en él. Es el hecho de que todas las declaraciones serias se caracterizan por haber sido emitidas como actos de comunicación”.¹⁶ De más está decir que una definición tan restrictiva no hace sino dificultar en gran medida cualquier explicación contextualista más amplia que intente trascender las intenciones conscientes de comunicar significado que hayan tenido los actores, o bien, en otras palabras, que tome en serio el concepto de ideología. Es cierto que este concepto está muy cargado y que de por sí presenta numerosas dificultades, pero en la medida en que interpreta las acciones y las creencias históricas con referencia a motivos ocultos –por ejemplo, una agenda encubierta de promover el interés propio a guisa de universalismo o una reacción defensiva ante el estrés psicológico–, plantea la pregunta sobre la manera de explicar ideas y acciones que parecen carecer de una racionalidad evidente por sí misma. Skinner se vale de un principio de Max Weber para lidiar con esta dificultad: “a menos que comencemos por suponer la racionalidad del agente, nos quedamos sin medios para explicar su comportamiento, o siquiera ver exactamente qué hay allí para explicar, si ocurriera que no actúa racionalmente”.¹⁷ Claro que esta respuesta nos lleva a preguntarnos cuál es la norma de racio-

¹⁴ Dominick LaCapra, *Soundings in Critical Theory*, Ithaca, Cornell University Press, 1989, p. 203.

¹⁵ Pocock reconoce esta posibilidad cuando dice que la crítica de Burke a la Revolución Francesa puede leerse tanto en el contexto del derecho común como en el de la economía política. Véase J. G. A. Pocock, “The Political Economy of Burke’s Analysis of the French Revolution”, en *Virtue, Commerce and History: Essays in Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

¹⁶ Quentin Skinner, “A Reply to my Critics”, *op. cit.*, p. 274.

¹⁷ Quentin Skinner, “Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action”, en J. Tully (ed.), *Meaning and Context*, *op. cit.*, p. 113.

nalidad que atribuimos al agente del pasado y de qué norma nos valemos al juzgar hoy sus razones como irracionales. Porque es indudable que no existe una versión de racionalidad trascendental y evidente por sí misma que pueda aplicarse ahistóricamente y en toda cultura bajo cualquier circunstancia. Una vez más, corremos el riesgo de imponer criterios presentes al pasado, que no podemos abordar suspendiendo por completo nuestros supuestos, creencias, experiencias, valores y prejuicios.

Otra dificultad, suscitada por la sugerente adopción de la teoría del acto de habla por parte de Skinner, concierne a la cuestión de las interacciones discursivas que no son monológicas sino dialógicas, o incluso pluralógicas. Puede ocurrir que no baste con postular una actuación ilocucionaria unidireccional situada en una constelación de convenciones como base para la recuperación de un contexto explicativo: siempre hay interacciones multidireccionales que producen los significados que emergen –o bloquean los que no emergen– de un acontecimiento o episodio. Es decir, una intención siempre está en juego con otras y las acciones siempre se imbrican con otras acciones, anteriores o posteriores, con lo cual no es difícil que se susciten consecuencias involuntarias.¹⁸ El nivel de declaración pragmática nunca está enteramente sujeto al nivel más profundo de las regularidades estructurales, ya sean lingüísticas o culturales, que lo constriñen pero no pueden determinarlo por completo. También es posible describir el efecto de esta dialéctica acentuando la cualidad agonística y competitiva de muchos actos de habla que no necesariamente fueron concebidos para lograr un consenso o una fusión gadameriana de horizontes. En el caso más extremo, el efecto es la heteroglosia de la que Bajtín nos puso tan al tanto, una condición de voces múltiples e irreconciliables que muy bien pueden invadir la conciencia de hablantes individuales, restando integralidad a su subjetividad y dispersando sus intenciones. La dificultad que ello entraña para el historiador posterior es la inestabilidad del contexto unificado en el cual lo que se ha de explicar puede situarse de manera significativa. Un contexto dialógico, a menudo agonístico, siempre está ya fracturado, aun cuando todos los participantes observen reglas y convenciones del metanivel que limitan el caos y convierten el ruido en una comunicación más o menos lograda.

Muchas de estas críticas sonarán familiares a quienes han seguido el debate en torno a la contextualización y sus límites, estimulado en gran medida por el impresionante corpus de obras generadas por la Escuela de Cambridge. En la mayoría de los casos, se focalizan en las dificultades que enfrenta el historiador contemporáneo al acceder al pasado y reflexionar sobre la evidencia que existe en el presente: cómo establecer contextos si sus residuos también están en textos que requieren interpretación; cómo decidir qué contextos son pertinentes y brindan explicaciones plausibles; cómo articular la relación entre los contextos a veces incompatibles que pueden aducirse para explicar un texto; cómo reconocer los apuntalamientos teóricos, explícitos o no, de nuestra reconstrucción del pasado; cómo detectar la naturaleza dialógica, e incluso heteroglósica, de los contextos que juzgamos más importantes; cómo equilibrar la creencia en la racionalidad de los actores pasados con el temor a imponer una norma de racionalidad desde el presente, etcétera.

¹⁸ Kenneth Minogue plantea esta cuestión en su análisis de la influyente obra de Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought* [trad. esp.: *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985]: “En *Fundamentos* aprendemos mucho sobre argumentos propuestos por tal o cual autor, pero casi nada sobre el público [...] el público es el gran ausente de los *Fundamentos*, especialmente en el segundo volumen”. “Method in Intellectual History: Skinner’s Foundations”, en J. Tully (ed.), *Meaning and Context*, op. cit., p. 189.

Sin embargo, hay otra consideración vital que nos aleja de los desafíos planteados por las reconstrucciones históricas del pasado para devolvernos al momento histórico que nos proponemos explicar con la contextualización. Se refiere a lo que podríamos entender como la índole de la realidad histórica que la contextualización apunta a explicar. En efecto, antes de dar por sentado que todos los textos, acciones, personajes o episodios del pasado pueden elucidarse del mismo modo insertándolos en lo que hemos visto a William Sewell llamar la “lógica” de su contexto, podríamos efectuar una provechosa distinción, al menos desde el punto de vista heurístico, entre los que son o no factibles de recibir ese tratamiento. Para entender mejor esta distinción, quisiera recurrir al complejo discurso sobre el “acontecimiento” desarrollado en tiempos recientes en el pensamiento francés, que ha introducido algunos desafíos fundamentales al supuesto según el cual lo que ocurre en la historia ejemplariza una estructura más profunda y duradera, o bien es un elemento de una narrativa significativa en la cual cada momento puede entenderse como un episodio de esa narrativa.

Al cabo de lo que se ha dado en llamar “los acontecimientos” de 1968, varios pensadores destacados expresaron su insatisfacción con la hegemonía del estructuralismo en Francia, que en el campo de la historia se identificaba de manera más explícita con la así llamada Escuela de los *Annales*. Alejándose de estas concepciones, comenzaron a reconsiderar su estima por el valor de aquella *histoire événementielle* a la que Fernand Braudel, Lucien Febvre y sus colegas de los *Annales* habían otorgado escaso interés por juzgarla superficial. Filósofos como Jean-François Lyotard, Gilles Deleuze, Jean-Luc Nancy, Jacques Derrida, Michel Foucault y Alain Badiou desarrollaron análisis extensos del “acontecimiento”, que a menudo se inspiraban en los aportes de teóricos anteriores, como Kierkegaard, Benjamin, Schmitt y Heidegger. Éste no es el sitio para detallar todo lo que implicó la recuperación de este agraviado concepto, tarea que he abordado en otro ensayo.¹⁹ Basta con decir que el objetivo de estos teóricos no se acotaba a los patrones reiterativos subyacentes que habían buscado los estructuralistas, sino que también incluía las convencionales historias entramadas que valoraban los historiadores tradicionales, quienes entendían los acontecimientos como bisagras de sus narrativas coherentes. Aunque en muchos casos imbuyeron a los “acontecimientos” que celebraban de un aura de importancia casi religiosa —la noción de Absoluto en Kierkegaard, la idea del “tiempo actual” mesiánico en Benjamin y el concepto heideggeriano de *Ereignis* guiaron muchos de sus aportes—, las cavilaciones de estos pensadores tienen implicaciones para la más prosaica cuestión de la contextualización histórica.

A fin de entender esas implicaciones, quisiera volverme hacia un teórico francés menos conocido que recientemente ha escrito con gran perspicacia sobre el mismo tema, pero sin el *pathos* cuasi religioso y metafísico de los demás: Claude Romano. En *L'Événement et le monde* y *L'Événement et le temps*, el primero publicado en 1998 y el segundo un año después,²⁰ Romano ofrece un minucioso análisis fenomenológico del acontecimiento como algo opuesto a un mero suceso o incidente. Desarrollando lo que él llama “hermenéutica acontecencial”,* sostiene

¹⁹ Martin Jay, “Historicism and the Event”, de próxima publicación en un *Festschrift* para Steven Aschheim.

²⁰ El primero fue traducido al inglés por Shane Mackinlay con el título *Event and World*, Nueva York, Fordham University Press, 2009, y la traducción al inglés del segundo está pronta a publicarse.

* Usamos este término con referencia a la versión en español de otra obra de Claude Romano, *Lo posible y el acontecimiento: introducción a la hermenéutica acontecencial*, traducido por Aníbal Fornari, Patricio Mena y Enoc Muñoz, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008. En la traducción canónica de la obra de Badiou sobre el acontecimiento, el término usado es “acontecimental”. [N. de la T.]

que hay un vínculo entre el “acontecimiento” y el “advenimiento”, que en francés también evoca el futuro (“avenir”). Más aun, el advenimiento debe entenderse en conexión con la aventura invaticinada que propicia. Lejos de comportarse como instancias de una ontología estática, se parecen más a lo que Nietzsche llamó “destellos de relámpago”, es decir, cortes radicales del *statu quo*. Ocurren sin intencionalidad ni preparación: no los causamos sino que nos acaecen.

¿Cómo se relacionan con el contexto más abarcador en el que se insertan, que Romano llama “intramundano”? “Un acontecimiento aparece con su significado propio, interpretado a la luz de otros acontecimientos que determinan su propio significado, siempre dentro de un mundo, imbricado en un marco causal”, escribe Romano.²¹ Derivado de un tumulto de posibilidades previas, su contexto puede entenderse como “una *unidad de significado* particular a la luz de la cual los acontecimientos se vuelven comprensibles en su articulación mutua, un horizonte de sentido a través del cual se iluminan; es decir, una estructura cabalmente hermenéutica”.²² Esa estructura es de una iterabilidad esencial, en la que prevalece la repetición sobre la novedad. Aquí Romano suena muy a tono con el programa general de la Escuela de Cambridge y otros contextualistas históricos.

Sin embargo, luego Romano desarrolla su argumento en una dirección muy distinta. Todos los acontecimientos parecerían comprensibles con referencia a sus contextos habilitantes, “si no fuera por los acontecimientos que trastocan radicalmente su contexto y, lejos de someterse a un horizonte de significados previos, son ellos mismos el origen del significado para cualquier interpretación, por lo cual se entienden menos a partir del mundo que los precede que de la posteridad a la que dan inicio”.²³ Fundadores de mundos más que intramundanos, son “an-árquicos” en el sentido de que carecen de *arjés* previos que determinen su significado. Aunque no están completamente exentos de causación antecedente, sus “causas no los explican, o bien, si los ‘explican’, *sólo y siempre* dan razón del hecho y no del *acontecimiento* en su sentido acontecial”.²⁴ Para Romano, “acontecial”, como opuesto al mero “eventual”^{*} en el uso corriente del término, significa que el acontecimiento trae con él una carga de posibilidades nuevas que proporcionan novedad y apertura a un proceso que, de otro modo, siempre se reduciría a la repetición de lo mismo.

Sin embargo, lejos de situarse por fuera de la historia, como suponen a veces algunos de sus celebrantes –Kierkegaard por ejemplo–, los acontecimientos deben entenderse como inauguradores de su propia historia, como advenimientos que abren la puerta a aventuras posibles en un futuro que aún no está determinado por completo. A diferencia de un hecho histórico, que es posible identificar claramente sólo con una fecha en una línea cronológica de hechos comparables, los acontecimientos “no están tan inscriptos *en* el tiempo, porque son los que *inauguran* el tiempo y lo *temporalizan*”.²⁵ Más que el presente o el pasado, su temporalidad es la de un futuro que aún ha de realizarse, una latencia que puede o no volverse manifiesta, un significado que aún se difiere. O bien, para enunciarlo en los términos que Skinner toma de la

²¹ Claude Romano, *Event and World*, *op. cit.*, p. 34.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, p. 38

²⁴ *Ibid.*, p. 41.

* Las palabras en inglés que usa el autor del artículo son *evential*, que traducimos como “acontecial” por los motivos explicados en la anterior N. de la T., y *evental*, que traducimos por “eventual”. [N. de la T.]

²⁵ *Ibid.*, p. 46.

teoría del acto de habla, el efecto perlocucionario de los textos que califican de acontecimientos culturales es irreductible al intento ilocucionario de sus autores. Como lo enuncia Romano, “el ‘significado buscado’ y la lengua deben ‘preceder’ al acto de habla, que sin ellos sería imposible. Sin embargo, el habla como *acontecimiento* es irreductible a sus propias ‘condiciones’ y las anula al acaecer”.²⁶

Aunque Romano no la desarrolla, puede haber otra forma en que los acontecimientos inauguren posibilidades, paradójicamente no para el futuro sino para el pasado. Analizando cómo las catástrofes radicales ponen en cuestión la noción evolucionista del desarrollo histórico, en la cual todo lo que ocurre ya está preparado por lo que lo precedió, Slavoj Žižek revierte el orden normal en el que primero están las posibilidades y luego las elecciones. Así, los acontecimientos catastróficos –y podrían incluirse con igual facilidad los emancipatorios o redentores– pueden tener un efecto opuesto, en el cual la elección o el acto

inauguran retroactivamente su propia posibilidad: la idea de que el surgimiento de lo radicalmente Nuevo cambia retroactivamente el pasado; no el pasado real, por supuesto (no estamos en el campo de la ciencia ficción), sino las posibilidades pasadas, o bien, para enunciarlo en términos más formales, el valor de las proposiciones modales acerca del pasado.²⁷

Además, Romano dice que los acontecimientos no les ocurren a los sujetos, estrictamente hablando, sino a los “advinientes”. Mientras que el concepto de sujeto entraña una modalidad duradera subyacente a todos los accidentes que le acaecen, un “adviniente” llega a ser sólo en el propio proceso de volverse eso, lo cual permite que un nuevo acontecimiento exceda a lo que ya ocurrió. Lo que le ocurre al adviniente es existencialmente transformador, porque el acontecimiento que ocurre no puede ser observado de manera indiferente desde el exterior; por el contrario, el o la adviniente están implicados de lleno en él: “estar implicados en lo que (nos) ocurre equivale a ser capaces de *experimentar* en el sentido más fundamental, que no se refiere a una modalidad de saber práctico entendido como el modo en que un sujeto y un objeto se enfrentan uno a otro, sino más bien a experimentar un pasaje de yo a yo, lo cual es inseparable de una alteración constitutiva”.²⁸ El mundo producido por acontecimientos es tal, que de él ciertamente puede emerger un sujeto más o menos unificado, pero no es un mundo que ese sujeto, ya integrado, pueda proponerse o crear. Y en efecto, cuando ese sujeto emerge, significa el retorno de la repetición intramundana, porque “un *adviniente* sólo puede ser caracterizado como una ‘subjetividad’ cuando ya no es él mismo: un *adviniente*. La subjetividad es precisamente esa postura en la cual él se guarda de la posibilidad de ser tocado y trastocado por un acontecimiento, cualquiera que sea”.²⁹

El ejemplo prototípico de un acontecimiento es el propio nacimiento, que nunca está constituido por el que nace, sino que siempre le acaece cuando aún no es un sujeto, cuando aún no es una identidad, cuando aún no es autónomo. Aunque para otros puede ser un hecho intra-

²⁶ *Ibid.*, p. 165.

²⁷ Slavoj Žižek, *The Puppet and the Dwarf: The Perverse Core of Christianity*, Cambridge, MA, MIT Press, 2003, p. 160.

²⁸ Claude Romano, *Event and World*, *op. cit.*, p. 52. Sobre los diversos significados de “experiencia”, algunos de los cuales se conciben con la definición de Romano, véase Martin Jay, *Songs of Experience: Modern European and American Variations on a Universal Theme*, Berkeley, University of California Press, 2004.

²⁹ *Ibid.*, p. 212.

mundano activamente intencionado por los padres que lo ocasionan y pasible de ser presenciado como tal, para el que nace se trata siempre de un don heterónomo, un origen que nunca es autoproducido, que nunca viene sin su valencia impersonal. Como tal, es el modelo para todas las experiencias posteriores de acontecimientos reales, que paradójicamente liberan al yo de su sujeción al pasado, de ser un mero “sujeto” con su connotación de “sujeción”.

La alteración no sólo tiene lugar en el adviniente, cuya experiencia de los acontecimientos es transformadora, sino también en el mundo. Puesto que un acontecimiento es irreductible a su contexto habilitante, los acontecimientos intelectuales o artísticos también se comprenden de manera más cabal con referencia a lo que hacen posible que con referencia a lo que los hizo posibles. De acuerdo con Romano, una obra de arte “no puede entenderse en su singularidad excepto desde la posteridad a que da lugar, la regeneración que ocasiona en las formas, los temas y las técnicas de un período. Una obra de arte no puede ser entendida dentro del contexto artístico en el que nace, al que necesariamente trasciende si es una obra original”.³⁰ Paradójicamente, puede ser entendida desde el punto de vista contextual sólo como “im-posible”, en el sentido de que no es una mera realización de posibilidades previas que ya existen en el mundo; por el contrario, es la fuente de posibilidades completamente nuevas que a su vez pueden ser realizadas o bien sobrepasadas por nuevos acontecimientos.

Aunque no recurre a ningunos de estos autores de manera explícita, Romano expande nociones que se remontan al menos hasta Kant, y que fueron desarrolladas en el siglo xx por pensadores tan diversos como Ernst Bloch y Hannah Arendt. En su esfuerzo por evitar las implicaciones deterministas de la metafísica excesivamente racionalista, en especial la de Spinoza, y abrir un espacio para la elección ética humana –una batalla que había librado con denuevo en la así llamada “disputa sobre el panteísmo” de fines del siglo xviii–,³¹ Kant había insistido en la idea de que una causalidad de la libertad puede interrumpir la causalidad mecánica de la naturaleza y así traer algo nuevo al mundo. Bloch orientó su utópica filosofía de la esperanza hacia el futuro, buscando en el pasado indicios que prefiguraran lo que aún no había venido, en lugar de orígenes a repetir. El “*novum*” –argumentó– anuncia algo radicalmente nuevo que interviene en el curso mundano de la historia. Arendt veía la incidencia de esa intervención en el nacimiento de cada ser humano nuevo:

Todo hombre, creado en lo singular, es un nuevo comienzo en virtud de su nacimiento; si san Agustín hubiera extraído las consecuencias de estas especulaciones, habría definido a los hombres, no de acuerdo con los griegos, como mortales, sino como “natales”, y habría definido la libertad de la voluntad, no como el *liberum arbitrium*, la libertad de elección entre querer y no querer, sino como la libertad descrita por Kant en la *Crítica de la razón pura*.³²

Aunque los acontecimientos, tal como los describe Romano, no emanan de una volición deliberada, también se resisten a ser absorbidos por un contexto previo que los explique o a ser ligados a una cadena causal. Tampoco están determinados por un *telos* como la muerte, como había supuesto Heidegger al subrayar la importancia del *Sein-zum-Tode* para el *Dasein*.

³⁰ *Ibid.*, p. 62.

³¹ Frederick C. Beiser ofrece un provechoso análisis en *The Fate of Reason: German Philosophy from Kant to Fichte*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1987.

³² Hannah Arendt, *The Life of the Mind. Willing*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1978, p. 110.

De todo esto el historiador concluye que, para la clase de sucesos que ameritan el rótulo de “acontecimiento” –que al parecer son una pequeña aunque significativa minoría–, la explicación contextual nunca es suficiente. Como lo enuncia Romano, “entender los acontecimientos siempre consiste en aprehenderlos en un horizonte de sentido que ellos mismos han inaugurado, puesto que no son comprensibles a la luz de su contexto explicativo”.³³ Si esto vale para los acontecimientos en general, quizá valga más para lo que podríamos llamar *acontecimientos de la historia intelectual*. Como lo expresa Randall Collins en las palabras que dan inicio al primer capítulo de su monumental *Sociología de las filosofías*, citadas arriba como epígrafe de este ensayo: “Los intelectuales son personas que producen ideas descontextualizadas”. Y continúa diciendo que

estas ideas se proponen como verdaderas o significativas con prescindencia de cualquier localidad y con prescindencia de cualquiera que las ponga en práctica de forma concreta. [...] Los productos intelectuales son percibidos, al menos por sus autores y consumidores, como si pertenecieran a una esfera particularmente elevada. [...] Los reconocemos como objetos sagrados en el sentido más estricto; habitan la misma esfera; del mismo modo que la religión, reclaman para sí la realidad más fundamental.³⁴

Esta manera de comenzar un libro de mil páginas sobre la sociología del cambio intelectual a lo largo de las épocas y a través de las culturas parece extraña, y de hecho Collins quiere mostrar que las cadenas de rituales de interacción son la clave de la vida intelectual, incluida la creatividad. Pero en la medida en que nos alerta acerca de las ambiciones que abrigan los intelectuales de producir ideas que trasciendan su contexto de generación, afirma la conclusión que hemos derivado de Romano: puede ser insuficiente reducir esas ideas a poco más que el resultado de volver a barajar las cartas que había repartido el contexto. Desde ya que la ambición no es equivalente a la realización, y no cabe duda de que el deseo de producir ideas descontextualizadas, radicalmente nuevas, no siempre se hace realidad. Los acontecimientos, como reconoce desembarazadamente el discurso francés dentro del cual se inscribe Romano, son raros y no siempre fáciles de identificar. En la medida en que la vasta mayoría de los sucesos históricos son “intramundanos” en el sentido que da Romano al término, poco y nada se pierde tratando la mayoría de las ideas del modo en que la Escuela de Cambridge nos exhorta a hacerlo: como comprensibles en su contexto de origen y recepción inmediata.

Pero en el caso de las ideas que con justicia podemos llamar *acontecimientos intelectuales*, o de los raros personajes que son los legisladores intelectuales de su época, podría ser aconsejable refrenarnos de acotar nuestra mirada a los contextos de los cuales emergieron. Porque, como Nietzsche señaló en *Más allá del bien y del mal*, “Los mayores acontecimientos y pensamientos (y los mayores pensamientos son los mayores acontecimientos) se comprenden con extrema lentitud. Las generaciones que son sus contemporáneas no los experimentan, no ‘viven a través’ de ellos: viven junto a ellos”.³⁵ Con el debido respeto a Skinner, es factible

³³ Claude Romano, *Event and World*, *op. cit.*, p. 152.

³⁴ Randall Collins, *The Sociology of Philosophies*, *op. cit.*, p. 19.

³⁵ Friedrich Nietzsche, *Beyond Good and Evil*, traducido al inglés por Marianne Cowan, Chicago, Gateway Editions, 1955, p. 230 [trad. esp.: *Más allá del bien y del mal*, Buenos Aires, Gradifco, 2003].

que el significado histórico de un Maquiavelo, un Locke o un Hobbes esté inextricablemente ligado a la posteridad que estos pensadores generaron y quizá continúen inspirando.

El deseo de calificar ciertas ideas como “grandes”, sin embargo, no implica que éstas sean algo así como eternas y atemporales, situadas fuera de la historia, como algunos filósofos podrían suponer. La alternativa a la contextualización no es necesariamente la trascendentalización. Tal podría ser la implicación de definir un acontecimiento, de manera encubiertamente religiosa, como una irrupción de lo Absoluto en la temporalidad efímera. Pero si adoptamos la versión más secular articulada por Romano, comprenderemos que su tiempo es el de un futuro que aún está por venir, o bien, aun mejor, una no-contemporaneidad blochiana, que es el tiempo tanto del “ya no” como del “no todavía”. Como cualquier otro “natal” que llega al mundo, son casi totalmente pura posibilidad y poca o ninguna actualidad.

Sin embargo, como en el caso del *adviniente* que deviene en un sujeto establecido, los acontecimientos pueden llegar al fin de su aventura y ser reabsorbidos en un nuevo contexto de recepción que disminuye su poder para cambiar el mundo. Al fin y al cabo, nada es nuevo para siempre. De modo que hay un rol perenne para el análisis extrínseco e intrínseco, y para la interpretación contextual así como la textual. A pesar de todos los problemas planteados más arriba acerca de los desafíos que implica crear un método plausible de contextualización, no deberíamos olvidar que la noción de texto no está menos cargada de tensiones y dificultades internas. En efecto, una vez que colocamos el concepto de “texto” bajo presión y clasificamos todas las formas posibles de interpretarlo, éste plantea tantos problemas como el de “contexto”.³⁶ Incluso es posible que no resulte tan fácil separarlos. Por dar un ejemplo, la deconstrucción suele tomarse por un método radicalmente textualista a instancias de una lectura apresurada del hoy notorio estribillo “no hay nada fuera del texto”, pero a Derrida también se lo ha llamado “contextualista *par excellence*” por su disolución de los textos en un ilimitado océano de intertextualidad.³⁷

Esa caracterización proviene de un libro reciente de F. R. Ankersmit titulado *Sublime Historical Experience*, que introduce algunas consideraciones adicionales acerca de la contextualización. Anudar de manera implícita las dos partes de mi argumento –las dificultades que enfrenta el historiador tardío para establecer el contexto pertinente y la realidad mixta de los propios sucesos históricos, algunos intramundanos, otros genuinos acontecimientos– nos ayudará a llegar a una conclusión. Como hemos visto, Romano sostiene que el *adviniente*, en oposición al sujeto, es capaz de una experiencia más fundamental en la cual puede tener lugar

³⁶ Sobre mi intento de desentrañar algunos de ellos, véase Martin Jay, “The Textual Approach to Intellectual History”, en *Force Fields: Between Intellectual History and Cultural Critique*, Nueva York/Londres, Routledge, 1993 [trad. esp.: *Campos de fuerza: Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, traducción de Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2003].

³⁷ F. R. Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, Stanford, Stanford University Press, 2005, p. 280. Cabe señalar que el propio Derrida no se sentía muy a sus anchas con el rótulo de contextualista. En su “Carta a un amigo japonés”, de 1983, escribió: “La palabra ‘deconstrucción’, al igual que cualquier otra, no posee más valor del que le confiere su inscripción en una cadena de sustituciones posibles, en lo que tan tranquilamente se suele denominar un ‘contexto’. Para mí, para lo que yo he tratado o trato todavía de escribir, dicha palabra no tiene interés más que dentro de un contexto en donde sustituye a tantas otras palabras y se deja determinar por ellas [...] Por definición, la lista no puede cerrarse”. David Wood y Robert Bernasconi (eds.), *Derrida and Différance*, Evanston, ILL, Northwestern University Press, 1988, p. 4 [trad. esp.: *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997, pp. 23-27 (N. de la T.)]. A diferencia de la contextualización tradicional, la cadena de significantes desplazados que interesa a Derrida es horizontal, reversible e infinita.

la transformación genuina. De acuerdo con Ankersmit, que se inspira en las cavilaciones del distinguido historiador holandés de la Baja Edad Media Johan Huizinga, también hay una chance de que el historiador atraviese una experiencia comparable, que él denomina *sublime*. De algún modo, nos pone en contacto con residuos del pasado de manera más directa que en circunstancias normales. Tal experiencia trasciende la actividad desinteresada de sujetos que contemplan objetos de antaño, tanto desde el punto de vista espacial como desde el temporal. Como en el caso del adviniente descrito por Romano, es una experiencia en la que la persona se implica de manera profunda e íntima. El “contexto”, escribe Ankersmit,

es un término perteneciente a un mundo que contiene sujetos y objetos, y pierde su significado y significación cuando sólo hay experiencia, como en el caso de la experiencia histórica. Y puesto que la experiencia histórica está lejos de ser insignificante, debemos llegar a la conclusión de que *hay* significado sin contexto. La experiencia histórica nos da las fisuras de sublimidad en el entramado de significado y contexto: y de ahí la autenticidad que Huizinga había reclamado para ella con tanta razón y elocuencia.³⁸

Ankersmit concede que esas experiencias sublimes o auténticas del historiador pasan por alto el problema del saber válido sobre el pasado. Él no anda a la zaga de la plausibilidad epistemológica, sino más bien de la posibilidad de lograr una intensidad acrecentada en nuestras relaciones con los residuos del pasado. De más está decir que ésa no es la meta suprema para muchos historiadores; en calidad de sujetos desinteresados que observan desde lejos los objetos de antaño, albergan intenciones cognitivas y abrigan la esperanza de proporcionar explicaciones de lo que ocurrió cuidándose de respetar la infranqueable brecha que se abre entre el ahora y el entonces. Sin embargo, si tomamos en serio la aserción de Romano según la cual un acontecimiento genuino sólo se hace realidad en las posibilidades que desencadena en un futuro indeterminado, y el argumento de Nietzsche según el cual las grandes ideas necesitan una demora para que su poder se actualice en toda su plenitud, esas experiencias comienzan a verse menos implausibles. Los acontecimientos, en el sentido cabal que postulan Romano y otros teóricos franceses recientes, son sucesos del pasado que ocurren rara vez. Las experiencias históricas sublimes no son menos infrecuentes en el presente. No obstante, cuando ambas cosas ocurren a la vez, ninguna explicación contextual puede contener su potencia explosiva. □

³⁸ F. R. Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, *op. cit.*

Dossier

*Sociabilidades culturales en Buenos Aires, 1860-1930:
círculos, sociedades, ateneos y cafés*

Organizado por Paula Bruno, este Dossier presenta los temas que desarrollará un volumen sobre sociabilidades culturales en Buenos Aires de próxima aparición en la Colección Intersecciones de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 16 / 2012